

## Cuatro palabras, una llamada: contemplar, encarnación, amor y salvación

Me piden que escriba sobre la realidad de trabajo en el ámbito de las personas privadas de libertad, mi experiencia, alguna reflexión, alguna oración, etc. Bueno, pues no me puedo negar, aunque no es tarea fácil para mí, pues siempre me ha costado escribir. Lo que es más difícil aún es poner palabras a una realidad que no sólo ha configurado mi vida, sino que ha entrado hondo en todo lo que soy, incluido el seguimiento de mi Señor Jesús, la relación con el Padre Dios, con los hermanos...

Hace once o doce años comencé de voluntario en la presencia que la comunidad mantenía en la cárcel de Topas. Una presencia sencilla, en la que sólo pretendíamos compartir con las personas presas la vida y la fe, buscando cómo ayudarles a prepararse para vivir en libertad y acompañar ese proceso, ofreciendo nuestra orientación, profundizando con ellos en sus vidas, acompañando en los permisos y abriendo las puertas de nuestra casa para compartir el hogar, las relaciones y la fe.

Hace dos años y medio el Obispo de Salamanca me nombró "Responsable para la atención religiosa católica en la cárcel de Topas" (fue una oportunidad, otra vez, de cambiar de trabajo, desapropiarme de mi proyecto...) para abreviar, capellán. Es decir las mismas funciones que un capellán realiza en las cárceles, con la salvedad evidente de lo que un presbítero ejerce y yo no puedo por no serlo: administrar los sacramentos en resumen y por simplificar. Comencé con media jornada y desde hace un año más o menos, con jornada completa o mejor completísima, pues sólo estamos dos personas y una a media jornada. Bueno pues eso, prácticamente, 1800 personas que te demandan de todo. La realidad es que el "trabajo" más importante es escuchar, escuchar, escuchar, escuchar... Realmente no es trabajo, es una oportunidad maravillosa de descubrir a la persona, tocar, porque ella te deja, lo más íntimo, el misterio del ser humano. Oportunidad para descubrir que la persona no se comprende sólo por el lugar en el que está en un momento de su vida, por la huella concreta dejada en el lugar y el tiempo de la cárcel, sino que uno empieza a comprender a la persona cuando con respeto, escucha y amor, uno va descubriendo todas las Huellas de su historia en el Tiempo de Dios y es entonces, y sólo entonces, cuando se produce el Encuentro y nos abrimos a la Esperanza.

Soy testigo diariamente de una realidad que no es nada agradable; uno descubre que la cárcel es un lugar de desolación y sufrimiento, un cementerio de vivos o de medio vivos. Cómo resuenan los textos de la palabra, estoy cada día en un lugar donde los despojos de esta sociedad son apartados: toxicómanos, enfermos mentales, inmigrantes, personas con carencias personales, sociales, culturales, afectivas..., desde niños, personas destruidas por todo tipo de ambiciones, psicópatas,... lugar donde se acumulan huesos secos (Ez 37, 1 ss), vidas truncadas. En torno a este lugar acuden familias rotas, sufriendo por sus familiares y soportando las vejaciones y el control que este sistema inflige y que es incapaz de recuperar nada o casi nada de nadie.

Junto a esta realidad de sufrimiento y cruz, de fracaso y expectativas incumplidas me toca, por la Gracia de Dios, ser testigo también de la presencia viva del Señor Resucitado. Presencia sencilla, cotidiana, humana y divina. Una mirada, una sonrisa, un saludo, un gesto de acogida y de ayuda, las lágrimas al escuchar la Palabra de Dios, el abrazo de Paz, Orar el Padrenuestro, el abrazo y el beso cuando uno entra por los patios de los módulos, el Perdón de Dios Padre y el perdón pedido y dado entre ellos, el consejo solicitado por tantos, especialmente por los hermanos de otras confesiones y creencias: musulmanes, taoístas, protestantes,... Todo esto sólo es posible cuando Dios Padre, Jesús Resucitado y su Espíritu van trabajando el corazón de cada persona, sacando y dejando que no muera lo mejor de cada



persona. El Reino no sólo es posible, es una realidad que podemos tocar, disfrutar y en la que podemos participar; sólo se necesita una mirada sencilla, evangélica, humilde sobre nuestras vidas y, eso sí, dejarse hacer por Dios.

Me vivo desbordado por tanto amor de Dios, por tanto misterio de amor que supone descubrir al hombre buscando y agarrándose a Dios y a Dios buscando y ofreciéndose al hombre. No sólo por poder ser testigo de esto, sino porque cada vez más me vivo inmerso en una relación de profunda intimidad con Dios y Jesús. La oración diaria es una necesidad y un deseo profundo de encuentro con Dios Padre, para poner mi vida ante Él y escuchar su voluntad, lo que Él quiere de mí, para descubrir a Jesús y dejar que Él con-forme mi vida a la suya. Lugar y tiempo para meditar y contemplar la Palabra y la Historia, lugar y tiempo de descansar las vidas de los hermanos y sobre todo las de los pobres:

“Señor, aquí tienes la vida de este hermano encarcelado; yo no se cómo hacer, no puedo hacer nada más que presentártela. Dale Paz, toca su corazón con tu Amor, dale la fuerza de tu Espíritu. Señor, que nadie se pierda. Señor, ayúdame a ser Adsis, que esté presente, a su lado”.

He dado tantas gracias a Dios porque soy testigo de que su presencia es la presencia fundamental, realizada en Jesús y prolongada por su Espíritu. Me descubro con tanto deseo de responder a esta presencia contemplando la realidad de su oferta amorosa y salvadora a los hombres y su sensibilidad por hacerse carne de nuestra carne en la Encarnación. Cómo no ser humilde, como no buscar la sencillez evangélica para vivir cada día desde el lugar en el que Dios Padre me ha colocado y dejar de vivir, de una vez por todas, desde mi/nuestro protagonismo. No todo depende de nosotros, casi nada, sólo dejarnos hacer por Dios Padre. (Id. 2.1)

Miro a los hermanos y me digo, cómo es posible que no me haya dado cuenta de que sois un regalo que contemplar y disfrutar, un regalo para cuidar. ¿Qué quieres de mí, Señor, para este hermano? ¿Cómo no me doy cuenta de que en cada uno acontecen realidades y presencias de Dios tan admirables como en los hermanos encarcelados? Señor, que sea sencillo y servicial en construir la fraternidad, el Hogar del Reino en la tierra para cada hermano y para los jóvenes y los pobres.

Señor, no me dejes caer en la tentación. Sabes que hay dos que me tienen en vilo, vigilante. No dejes que aparte de mí el sufrimiento de los hombres, de los pobres, de los hermanos, de los jóvenes. Ayúdame a dejarme implicar, que mi vida esté tocada por la suya; sé que contigo no habrá huidas, ni stress por las tareas, ni... Sé que en ti, hasta las situaciones más difíciles y sufrientes no oscurecen la paz interior. Y, sobre todo, no permitas que la vanagloria se apodere de mi corazón, que cuando me sienta reconocido, ensalzado, me diga siempre: soy un pobre siervo, no hago más que lo que tengo que hacer.

Nada más. Gracias por leer esto y orad por mí y, sobre todo, por los que el Señor pone junto a mí.

*Marcos García*  
(Salamanca, 2009)